

las compras que la casa necesitase. Pero estas no son más que suposiciones.

Otra duda se me ha ocurrido otras veces. Aun ahora mismo estoy tentado á creer, al recordar ciertos hechos, que trataba de olvidar conmigo á algún ser querido á su corazón, que no hacía caso de ella; y para olvidarle, ó más bien para hacerse la ilusión de que estaba en sus brazos, es por lo que se arrojaba en los míos. Yo no tenía para ella individualidad, existencia propia. Poco la importaba mi ser inmaterial; no se ocupaba más que de la envoltura exterior. Admiraba la regularidad de mis facciones. Satisfacía casi por completo las ideas que ella tenía sobre la hermosura masculina: era el tipo que más hablaba á su imaginación. Porque aquella mujer pequeña, contrahecha y fea, ponía la belleza corporal por encima de todo en el mundo y la rendía verdadero culto.

XXXI

Jorge prestaba á Richard una gran atención. Su imaginación, excitada por el cansancio, le llevaba á decir en su interior, si no habría encontrado en la sociedad que frecuentaba á la mujer de que se trataba. Encontrándose con una novela desde hacía una hora, viéndose obligado á salir de su positivismo habitual, viéndose arrastrado á pesar suyo por la ola, le parecía que todo lo que veía debía tener relación indirecta con sus preocupaciones del momento y las pesquisas que debía hacer.

Richard continuó en estos términos:

—Esa misma, á quien defendía hace poco, al sostener la causa de las mujeres feas y al hablar de sus méritos ocultos, no hubiera estado nunca tan generosa con nuestro sexo. Decía que era una paradoja la creencia, bastante extendida, de que la belleza es superflua en el hombre, y es muy inferior á la posesión de dotes intelectuales. No comprendía el gusto de ciertas mujeres por hombres de buena presen-

cia nada más. Gozaba en negar encantos á la expresión del semblante. Una estatura elevada y facciones regulares han sido siempre su único ideal.

No era sólo en cuestiones de amor en lo que se mostraba tan exclusivista. No tenía indulgencia con las fealdades y deformidades que á cada paso se encuentran en la vida, y manifestaba, sin moderación ninguna, su disgusto y su aversión hacia los seres ó los objetos que herían su vista.

¡Ah! señor, creedlo; no ha tenido más que un motivo para abandonar á su hija: la niña no es bonita. Sí, Juana vió la luz en malas condiciones; en primer lugar, nació antes de tiempo; además, la madre, para ocultar su embarazo, llevó muy oprimido el talle... La pobre niña ya ha sufrido antes de venir al mundo, y se resentirá de ello toda su vida. ¿Os parece extraño que se tenga rencor á un hijo por causa de sus imperfecciones corporales? En general, una madre, lejos de ver los defectos de sus hijos, siempre está dispuesta á encontrar en ellos encantos y perfecciones de que tal vez carecen. La mujer de que os hablo no se hacía esas halagüeñas ilusiones, y como Juana se alejaba de su ideal, ella se separaba de su hija.

No os extrañe, pues, que me haya dejado á mí también el día en que la enfermedad que he pasado me arrebató bruscamente las únicas dotes que para ella eran apreciables. Cuando entré, después de seis semanas, en mi cuarto de la calle de Richelieu, donde teníamos nuestras entrevistas, no pudo, al verme, ocultar su emoción, y comprendí al momento que nuestros amores habían concluído.

Acaso haya sido mejor para mí que esa y no otra fuese la causa de nuestra ruptura. Esa mujer me ha dado miedo muchas veces, y me he dicho qué habría ocurrido, si, cansado de aquellas relaciones, hubiese sido yo quien las hubiese roto. Su amor á lo bello no era puramente estético y contemplativo. Al admirarlo, se desarrollaba en ella un sentimiento de envidia, una necesidad invencible de posesión, y se convertiría en enemiga mortal del hombre que, habiendo sido elegido por ella, la desdeñase. Se ha contentado con abrumarme con su indiferencia, porque mi fealdad extinguió su entusiasmo. Si este hubiese subsistido un día ú otro, atraigo sobre mí, con toda seguridad, su odio, y sin duda su venganza.

Estos son, señor, los informes materiales y morales que os pueden servir para encontrar á la que busco. Os he referido hasta ahora mis

observaciones, no sus confidencias: ni aun en los momentos de sus mayores expansiones de cariño se ha olvidado de sí, hasta el punto de abrirme su corazón.

Permitidme que concluya con algunos datos que se refieren á mí solo. Cuando, después de mi convalecencia quise entrar de nuevo en la importante casa donde antes me tenían en tanta estima, me hicieron comprender que no podía ya ocupar aquel sitio. Mis principales, teniendo también sin duda el sentimiento de lo bello, temían que las parroquianas se asustasen y se alejasen del establecimiento de sederías donde estaba yo antes. Es triste decirlo; pero en nuestros días, hasta en el comercio se tiene en cuenta la belleza del rostro y la buena presencia de la persona, y el dependiente de un almacén de novedades no tiene el derecho de pasar de ciertos límites de fealdad. Se miden sus cualidades corporales como si se tratase de una tela. Este es un chico guapo, pues puede encargarse de los cachemires, adonde acude la clientela rica que aprecia mucho la belleza de las formas. Aquel es algo feo, pero no lo es mucho; que se encargue de los algodones y de las lanas que sirven para las clases ínfimas, y no ocupándose más que de comprar barato, apenas le han de mirar.

Pero tú, que eres horroroso, muérete de hambre, es el único recurso que te queda.

En verdad, señor, si se sigue por ese camino, será justo dedicar menos dinero á la mejora de la raza caballar, y abrir concursos para premiar el embellecimiento de la raza humana.

No obtuve mejor resultado en otras casas donde me presenté, y cansado de luchar, humillado, descorazonado, tan cansado de la humanidad como ella parecía estarlo de mí, me decidí á trabajar en mi casa para no ofender las miradas de mis semejantes.

Gracias á mi letra, que es bastante buena, me encargó muchos trabajos un copista de teatros y gané así mi vida y la de mi hija. Su madre, que creyó proceder con delicadeza, haciéndome por algún tiempo cortas visitas, con toda reserva, se enteró de mi nuevo oficio y me dió á copiar un voluminoso manuscrito, debido á la pluma de una literata amiga suya, según decía. Hice muchas copias que me pagó con generosidad y me sacaron de apuros algún tiempo. Pero llegó el verano, el trabajo de copiar escasea bastante en esa estación. Sucedióle un invierno terrible; apuré mis últimas economías y me vi obligado á vender en aquella época todo cuanto tenía. Entonces

se presentó la verdadera miseria, implacable, horrorosa, invencible. «Trabajad, os dicen, trabajad.» ¿Dónde encontrar obra? ¿Cómo salir en busca de ella, cuando no tenéis vestidos que poneros, los zapatos que os quedan tienen rotas las suelas y se os salen de los pies? Si os acercáis así al escaparate de una tienda, si os determináis á abrir la puerta vidriera, antes de que habléis os toman por un mendigo y os arrojan de allí. Y el hijo que dejáis en casa, que tiene calentura, que os espera, ¿podéis dejarle abandonado? No sabéis qué hacer, y llega una hora en que, por primera vez en vuestra vida, cometéis una mala acción...

Jorge no le dejó continuar y le tendió la mano.

.....

.....

.....

Eran las dos de la mañana cuando Jorge salió de casa de Richard. En la calle de Rambuteau encontró un coche desocupado y le tomó haciéndose conducir á la calle de Amsterdam.

No tuvo necesidad de llamar en casa de Marcela; oyeron pararse un coche y se lanzaron al momento al descansillo de la escalera. Gracias á las precauciones tomadas por Jorge antes de marchar, para disipar las ilusio-

nes de Marcela y de Didier, el golpe fué menos rudo. No se arrepentía de haber ido á la calle de Braque, y se apresuró á comunicar á sus amigos ciertas sospechas que habían pasado por su imaginación mientras Richard hacía la narración de su vida, y ahora se habían hecho más claras y más precisas.

Tratóse de estar en disposición de ir al día siguiente á ver al prefecto de policía para darle cuenta de la impresión que les causase la lectura del manuscrito.

Didier y Marcela habían recorrido ya las primeras páginas, é hicieron notar á Jorge la especie de prefacio que en forma de carta iba unido á aquellas curiosas memorias.

Copiado al pie de la letra, dice así:

*«A la Señora de R... en su posesión de...
cerca de París.*

»Señora:

»No sería completa mi venganza si no llegaseis á conocer la mano que os ha herido. Para daros datos sobre ese particular, me he tomado el trabajo de escribir la historia de mi vida, á la que estáis tan íntimamente ligada. He mandado sacar muchas copias de ese manuscrito, y os ruego que aceptéis el que os re-

mito. Los demás los destino á la señora X... y Z... que, como vos, han tenido graves disgustos por mi causa, y á quienes quiero mortificar por coquetería. Leyéndole, pasaréis unas horas más con el autor de vuestros males y de todas vuestras desgracias.

»Recibid, señora, la seguridad de mi mas profundo respeto.

»La que en vuestras reuniones tenía por mote

LA REPULSIVA.»

El episodio que sigue lleva por título *Las bañistas de Trouville*.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

JACOMETREZO, 72, MADRID

- Dozy.**—Historia de los musulmanes españoles, traducido por Castro, 4 tomos, 16 pesetas.
—Investigaciones acerca de la historia y literatura de España durante la Edad Media, 2 tomos, 9.
—Rodrigo el Campeador, estudio histórico, 7,50.
- Escandon.**—Historia monumental del heroico Rey Pelayo, 5 pesetas.
- Espanoles de ogaño.**—Colección de cuadros dibujados á pluma, por 51 literatos, 2 tomos, 5 pesetas.
- Espanolas pintadas por los españoles.**—Colección de 70 tipos, 2 tomos, 8 pesetas.
- Fawcett.**—El libre-cambio y la protección, 2,50 pesetas.
- Escudero.**—Ensayo sobre economía política, con un prólogo de Azcárate, 2 tomos, 9 pesetas.
- Fray Gerundio.**—Viajes por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin, 2 tomos con láminas y grabados, 20 pesetas.
- Fors.**—Miscelánea americana: escritos sobre política, administración, filosofía, artes, literatura y costumbres, etc., publicados en la América meridional, 2,50 pesetas.
- Lista y Aragón (D. Alberto).**—Ensayos literarios y críticos, 6 pesetas.
—La Sal de María Santísima; Musa epigramática y cancionero festivo popular de autores antiguos y contemporáneos, y los más intencionados y alegres cantares del pueblo, 2 pesetas.
- Moratin.**—Obras, 2 tomos holandesa, 5 pesetas.
- Pereda (D. José María).**—Tipos y paisajes, 3 pesetas.
—Tipos trashumantes, 2.
—Esbozos y rasguños, 4.
—El sabor de la Tierruca, tela, 3.
—Bocetos al temple, 3.
—Los hombres de pro.
- Quevedo.**—El libro verde, poesías satíricas y discursos festivos, 2,50 pesetas.
—Marco Bruto, 1.
- Quintana.**—Obras poéticas, 1 peseta.